

CARLOS ERNESTO GARCÍA

Anacapri

Apoyo ligeramente mi cuerpo en una esfinge de granito.
Una joya más colocada en los jardines
de Villa de San Michele
desde donde se contempla a lo lejos
entre la bruma de la mañana:
el Golfo de Nápoles.

Murmuran los lugareños que en Anacapri
Alex Munthe fue un refinado anfitrión
del viejo Nietzsche de Gorki y de Lenin.
Tres caballeros
como Emiliano Zapata
como Pancho Villa
de mirada felina
de atusado bigote.

Ataúdes blancos

Varios estudiantes apiñados en la calle
forman una especie de montaña nevada
cubiertos como están por sábanas blancas.

En el centro de la plaza
ya sin aliento de vida
la barricada que armaron los muchachos
con viejos pupitres y pedazos de tablas
sacadas de los basureros.

Entre el humo de la pólvora
los dejaron caer violentamente
sin la menor delicadeza
sin cortesía alguna
sin la más leve consideración
hasta formar un amasijo
contra el pavimento.

Los lanzaron
como arrojan los cuerpos
en la fosa común
al final de la batalla.

Un plañidero adiós

En las entrañas
del elegante barrio de Carrasco
aún sigue en pie el hotel casino
que nos recuerda las glorias
de un Montevideo que ya no existe.
Entre sus paredes el poeta granadino
escribió parte de sus Bodas de Sangre.

Los croupiers colocados en sus mesas
intentan disimular el remendado uniforme.
Un jugador lanza un escupitajo
sobre la alfombra en que apaga
la colilla del cigarro.

Sus amplios salones
del más puro art nouveau
y las lámparas que majestuosas
cuelgan del techo
fueron testigos silenciosos
del asalto tupamaro.

Afuera
ruge con bravura el rumor del mar.
Un mar
que hace muchos años
dejó de dar la alegre bienvenida
para decir un plañidero adiós
al derrotado descendiente
de los emigrantes.

El burdelero

Siempre ibas
con pantalón ceñido
camisa ligeramente desabrochada
zapatos de charol relucientes
anillos brillantes
gruesas cadenas de oro
pelo engominado
como para ir de boda.

Una madrugada te encontré
en el maltrecho burdel
que como una matrona regentabas
al final de una calle oscura y solitaria.

Me brindaste entonces
-como cortesía de la casa-
a una joven campesina recién llegada
de quien sabe qué perdido pueblo.

Al día siguiente
supe que te descubrieron
en tu habitación
ya sin vida

parapetado bajo el colchón
como te abandonaron
con heridas mortales en el torso
provocadas por un picahielo.

Ni siquiera yo
que dormía al otro lado de la pared
aquella madrugada
pudo escuchar los ahogados gritos
ante el espanto de la muerte
pues quien te asesinó
introdujo por la fuerza
un verde limón entre tus labios.

San Martín, El Salvador 1975

Las montañas de Fengdu

En las montañas de Fengdu
me dispongo a cruzar
el puente colgante
reservado para los muertos.

Abajo se escucha
el relinchar del río Changjiang
que con sus aguas turbulentas
corre como un caballo furioso.

Una anciana
que sostiene entre sus manos
un cuenco de madera
me invita a tomar de un líquido
que me ayudará en el más allá
a olvidar el pasado.